

NOTAS Y COMENTARIOS

ETIENNE GILSON, IN MEMORIAM

Con Gilson desaparece una de las *sidera majora* de la filosofía tomista contemporánea, junto a Jacques Maritain y R. Garrigou-Lagrange. Eminente historiador y penetrante conocedor de la Filosofía medieval, de fama internacional, a la vez que profundo y brillante filósofo tomista.

Si quisiéramos señalar los rasgos de la fisonomía o de la personalidad filosófica de Gilson, diríamos que están constituidos por *la amplitud, la penetración y el vigor de su inteligencia*. Sabía adentrarse rápidamente en el centro de los problemas y, desde él, formular con claridad y fuerza su solución. Nada más ajeno a Gilson que la superficialidad, los titubeos y dudas, las fórmulas ambiguas. Tenía fe y confianza en la inteligencia y la supo defender con denuedo y fundamentarla con solidez doctrinaria. Su amor a la verdad, la firmeza de sus convicciones, fundadas en largos y serios estudios, reconfortaban el espíritu.

Esta hondura y vigor intelectual de Gilson se manifestaron en dos amplias áreas, para él íntimamente interpenetradas y unidas: *la Historia de la Filosofía, principalmente Medieval* —en la que sobresalió sobre todos sus contemporáneos—, y *la Filosofía tomista*, como tal, es decir no ya como mera exposición histórica, sino como adopción de un sistema, reelaborado con originalidad desde los principios de Santo Tomás, estructurados sobre la evidencia del ser y de sus exigencias.

1. — *El Historiador de la Filosofía medieval.*

Gilson ha consagrado a la Historia de la Filosofía medieval sus más importantes y más conocidas obras: *San Agustín, D. Scoto, El Tomismo, El Espíritu de la Filosofía Medieval, Abelardo y Eloisa* y otras más, e incontables trabajos monográficos, contenidos principalmente en los *Archives d'Histoire Littéraire et Doctrinale du Moyen Age*, que dirigió durante tantos años.

En todas ellas nuestro autor penetra hasta los principios fundamentales de cada uno de estos autores o de la Filosofía medieval misma, hasta el núcleo esencial del pensamiento para, desde él, presentarnos y hacernos asistir al proceso de desarrollo y concatenación de las tesis fundamentales, hasta lograr ofrecer así una exposición sistemática de cada uno de ellos. Gilson no es un mero expositor, es un *historiador filósofo*, que desarrolla sistemáticamente el pensamiento del autor estudiado, desde sus principios hasta sus conclusiones. De aquí que no trate de formular las diversas facetas del sistema, sino de organizarlo en una exposición crítica y filosóficamente articulada. Con esta penetración hasta las raíces, desde donde brotan las tesis de cada autor o sector de la Filosofía, el lector asiste al proceso mismo de elaboración del sistema. Llegado el caso, pone de manifiesto también cómo un autor —San Agustín, por ejemplo— que no ha logrado expresar de una manera sistemática todo su pensamiento, ha podido ser interpretado de diversas maneras.

Por eso, según Gilson, San Agustín necesita todavía de un discípulo que sepa integrar en una síntesis coherente el rico contenido de su pensamiento, disperso en múltiples manifestaciones, a veces geniales. Así como Santo Tomás fué el discípulo genial y el mejor intérprete — *non secundum litteram, sed secundum veritatem*— de Aristóteles, que supo conferir al pensamiento del Estagirita, una formulación coherente y profunda desde sus principios, con los cuales incluso supo corregir algunas desviaciones de los mismos, a San Agustín le ha faltado ese discípulo e intérprete genial, que desde los principios mismos del Santo Doctor elaborara un sistema coherente.

En *El Espíritu de la Filosofía Medieval*, Gilson realiza una verdadera radiografía y pone en relieve los rasgos fundamentales, que dan fisonomía a esta Filosofía.

En *El tomismo* el historiador y el filósofo trabajan de consuno. Desde los principios fundamentales de Santo Tomás, hondamente meditados y bien cimentados, ofrece nuestro autor una brillante y bien articulada síntesis de la Filosofía del Aquinate. Por esta razón, sin perder su carácter y fundamentación histórica, esta obra constituye a la vez uno de los mejores Tratados de la Filosofía Tomista de nuestro tiempo.

En síntesis, Gilson no es un mero historiador, sino un historiador que re-hace la filosofía medieval. Y, por eso, su obra está muy distante de los manuales corrientes de la misma.

En este terreno de la Historia de la Filosofía, es oportuno recordar su original tesis acerca de las *Ideas Platónicas*. Contra la interpretación corriente, *estas ideas no existirían, serían Puras Esencias*, pues según Gilson, Platón es un *esencialista*, que confiere supremacía a la *esencia* sobre la existencia. Las Ideas serían *Esencias puras*, de las que participarían, por una parte, la *existencia de las ideas en el alma humana* y, por otra, la *existencia de las cosas materiales*.

2. — El Filósofo tomista.

Numerosas obras ha consagrado Gilson a la Filosofía. De más está recordar la solidez de su doctrina y la claridad de su exposición, así como su inspiración fundada siempre en los principios de Santo Tomás.

De todas ellas sólo quiero recordar dos, por su originalidad y su significación decisiva en el pensamiento filosófico contemporáneo. Me refiero a *El Ser y la Esencia*, de la que me ocupé ampliamente en *SAPIENTIA*, de 1950, pág. 144 y sgs. y a *El Realismo Metódico*.

En *El ser y la Esencia*, el autor pasa revista a los filósofos desde Grecia al Medioevo y desde éste hasta la Edad Moderna y Contemporánea, para poner de manifiesto que los filósofos anteriores y posteriores a Santo Tomás son en general *esencialistas*, es decir, que han conferido una supremacía a la esencia sobre la existencia.

A Santo Tomás le cabe la gloria de haber des-cubierto la supremacía de la Existencia o, con más precisión, del *Esse* sobre la esencia. En efecto, Dios es el *Acto puro de Existir*, el *Esse* infinito. Fuente imparicipada de toda esencia y existencia finita participada: aquélla, por vía de causalidad ejemplar e inteligente necesaria del *Esse*; y ésta, por vía de causalidad eficiente libre del *Esse* (Cfr. mi libro *La Palabra*, C. II pág., 41 y sgs. y C. III, pág. 63 y sgs.).

Esa tesis fundamental del Doctor Angélico cae en el olvido poco después de su muerte, y la Filosofía posterior reincide en el *esencialismo*, que, al decir de Gilson, sería la desviación a la que gravita la inteligencia humana. El mismo Heidegger, que reclama para sí el privilegio de haber restablecido el valor de la existencia, olvidado por Occidente desde Sócrates a nuestros días, paradójicamente recae en un *ser*, como mera presencia del ente, en el *Dasein*, es decir, el *ser* ha perdido su fuerza de *acto* o *esse* constitutivo de la realidad trascendente y ha quedado confinado a la immanencia del *Dasein*. Recién en el Tomismo contemporáneo, esta tesis fundamental de Santo Tomás ha sido rescatada por C. Fabro principalmente.

En el *Realismo Metódico* Gilson rechaza con vigor toda posición crítica del conocimiento. Lo que interesa, afirma Gilson, es no deformar el conocimiento con estas actitudes críticas. Porque el conocimiento implica siempre un objeto o ser trascendente, desconocido por la Filosofía crítica, que comienza así por mutilar el hecho mismo del conocimiento, privándolo del ser trascendente que esencialmente encierra. "El crítico idealista piensa, pero el realista conoce", afirma con vigor Gilson.

Maritain, que defiende un *Realismo crítico*, se ha esforzado por hacer ver que su posición no se distingue substancialmente del *Realismo metódico* de Gilson, y así lo creemos.

Lo importante de la tesis de Gilson es que no debe iniciarse nunca la crítica del conocimiento con una deformación previa del mismo, que lo reduce a una actividad puramente inmanente, a una imagen o esquema de una realidad no alcanzada, desde la cual no es posible ya reconquistar el objeto o ser trascendente perdido. El "problema del puente" —entre el acto inteligente y el ser trascendente—, una vez admitido su planteo, únicamente puede acabar lógicamente en una solución subjetivista. Gilson ha expuesto el tema con su habitual profundidad, claridad y vigor, que no deja lugar a dudas.

3. — Conclusión

Digamos para terminar que Gilson era Miembro de la Academia de Francia, de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino y de la Religión Católica y que, durante muchos años, fue profesor del *Colegio de Francia* —la cátedra de más prestigio de su país—. Fue también fundador y Profesor del Instituto de Estudios Medievales de Toronto (Canadá). Pertenecía a numerosas instituciones académicas y había recibido no pocos doctorados y distinciones.

Dirigí hasta su muerte los *Archives de Histoire Litteraire et Doctrinale du Moyen Age* y otras Colecciones de Historia del pensamiento filosófico del medioevo.

En uno de sus últimos libros, *Las Tribulaciones de Sofía*, hace alusión a las desviaciones doctrinarias, morales y disciplinarias, ocurridas en ciertos círculos católicos. Sin duda esas Tribulaciones de Sofía, de la Iglesia, lo llenaron de dolor los últimos años de su vida.

Tuve el honor de ser amigo personal de Gilson. Estuve con él en varios Congresos de Filosofía y en otras reuniones académicas. Tuve la oportunidad de tratarlo y admirar su vigorosa y clara inteligencia y su voluntad realmente férrea y decidida. Me hizo el honor de citar mi obra "La Filosofía Cristiana" en uno de sus libros sobre este mismo tema; con motivo de la nota bibliográfica que yo le consagrara en SAPIENTIA a su extraordinario libro "El ser y la Esencia" me hizo llegar una carta rebosante de afectuosa amistad.

Cuando en 1975 lo invité a colaborar en el número extraordinario de SAPIENTIA, dedicado a Santo Tomás en el VII Centenario de su muerte, me contestó con una carta, en la que expresaba su profunda tristeza por el olvido y hasta por el rechazo que la Filosofía de Santo Tomás experimentaba en ciertos círculos católicos. Tenía entonces 91 años. Su carta terminaba con un "Nunc dimittis" (...).

Ahora, a los 94 años cumplidos, Dios lo ha llamado a su seno para recompensar al "siervo fiel", que consagró su vida a la búsqueda incesante y amorosa de la verdad, para iluminar con su luz nuestro entenebrecido mundo. Ahora ha alcanzado y goza de la plenitud de esa luz, de la Verdad infinita de Dios.

Su obra, sólida y cimentada sobre la verdad, perdurará para iluminar a quienes buscan con sinceridad esa Verdad. El enarboló la bandera limpia y clara de esa Verdad, tal como la de-velara y expusiera Santo Tomás. Con él están J. Maritain, R. Garrigou Lagrange y otros que le precedieron en la muerte.

Nunca faltarán e. piritus superiores que, anhelantes de la Verdad seguirán en pos de esa bandera y la mantendrán enhiesta, a fin de que la Verdad luminosa de Santo Tomás, que ella encarna y expresa, siga dirigiendo con su Luz los destinos de nuestra vida y de nuestro mundo.